

El monasterio oculto

La tenue y palpitante luz de una pequeña llama ilumina la habitación. Una encorvada sombra proyectada en la pared juega a no estarse quieta. Pero el silencio es total. Un adolescente sueña profundamente sobre una de las camas. La otra está vacía. El cristal ovalado que rodea a la vela está levemente ennegrecido. Es demasiado tarde y lleva demasiado tiempo encendida. La cera gotea poco a poco sobre la madera del escritorio repleto de documentos y libros.

La puerta se abre sólo hasta la mitad. Los reflejos plateados de medianoche penetran en la sala con ansia y se apoderan de algunos de los recovecos antes ocultos. La llama siente un escalofrío. Un hombre de avanzada edad con vestiduras simples de color marrón observa el interior desde fuera. Distinta noche, mismo escenario. En ese instante se siente decepcionado y orgulloso a la vez. Ésta no es la primera vez que sucede y sabe que tampoco será la última.

Sentado frente a la mesa, rodeado de conocimientos aún por aprender, de dominios aún por explorar, un joven de cabellos dorados lucha por no caer rendido sobre los manuscritos. Sus ojos castaños se cierran de vez en cuando. Cada vez tarda más en volver a abrirlos. Su cabeza pesa cada vez más. Sumergido en el estudio, no se da cuenta del nuevo espectador.

- Ya es suficiente. - Susurra suavemente el anciano. El joven no aparta la mirada del papel.

- No me queda mucho, venerable.

- He dicho que ya es suficiente por hoy, Norim. - Entra con sigilo y cierra el libro con delicadeza. El chico apoya la cabeza sobre la madera del escritorio. No es nada cómoda, pero ahora mismo dormiría sobre la peor de las superficies.

- Nunca es suficiente, venerable. - Y trata de continuar la lectura tras un largo bostezo.

- Norim, eres por muy de lejos el mejor alumno del Monasterio. Pero también eres el que comete más locuras. Deja de estudiar durante la noche y dormir durante el día. Necesitas descansar. Con esto te harás un favor a ti mismo y a todos los demás. Empieza a ser costumbre el verte dormido durante la meditación. - El monje sonríe - Tampoco es que sea tan grave. Algunos Maestros también lo hacen en el período de reflexión. Lo que realmente les molesta es que les despiertes con tus ronquidos. - El hombre apoya la mano sobre su hombro - Anda, no seas cabezota y métete en la cama.

Los ronquidos de Norim entran de nuevo en escena. Ha prestado más atención al seductor susurro de Morfeo que al monólogo. El Maestro deja caer una leve sonrisa. Desliza la tapadera del candelabro y asfixia la llama. Sólo queda la oscuridad plateada. Con el mismo sigilo con el que entró en la habitación, la abandona. Al cerrar la puerta el resplandor se retira. Mañana será un nuevo día.

El joven se despierta asustado todavía sobre el escritorio. Su compañero de habitación le agita de un lado para otro. Amaneció hace pocos minutos. El sol de la mañana resplandece con fuerza a través de la ventana ahora que está abierta de par en par. Norim intenta volver rápidamente de entre el mundo de los sueños, pero es muy difícil. No ha descansado más que unas pocas horas. Dirige la mano hacia el cuello y se masajea. Le duele a horrores.

- ¡Norim! ¡Despierta! Hoy toca entrenamiento. - Continúa zarandeándole. La mirada de Norim permanece sumergida en la madera de la mesa - ¡Venga perezoso! - El joven de ojos castaños sacude su mano en el aire, intentando encontrar a su compañero. Por fin le agarra y detiene el zarandeo.

- Hmmmm... - El sonido se hace más irreconocible cuanto más prolonga el murmullo.

- ¡Ha, ha! Espero que nos emparejen hoy. - Golpea varias veces en el aire con sus puños - Te vas a enterar. Estás hecho un desastre. No te he visto peor en la vida. ¡Con un poco de suerte podré ganarte por primera vez! - Se detiene por un instante - ¡Qué digo suerte! ¡Estás acabado!

- Sí. Lo que tú digas. - Susurra mientras mueve su dedo para quitarse las legañas. Su compañero le interrumpe con una fuerte palmada en la espalda.

- ¡Nos vemos allí!

- Hmmmm...

La sala de meditación es enorme: planta rectangular; repleta de anchas columnas de piedra que soportan el peso del elevado techo, decoradas con inscripciones doradas de soles resplandecientes, a veces con ilustraciones de representantes del Dios Kai. En el centro, los pilares adoptan una amplia forma circular, rodeando una cúpula acristalada con vidrieras de vivos colores.

Reunidos alrededor de la bóveda interior, Maestros y discípulos descansan en el suelo. Las piernas cruzadas frente a ellos, brazos apoyados sobre las rodillas y ojos cerrados. Unos pasos cautelosos atraviesan la estancia. Pasan desapercibidos entre la estática multitud. El olfato y el oído son perfumados con suaves aromas y sonidos: el humo de un dulce incienso y la vibrante melodía del murmullo de la relajación.

Las pisadas se detienen frente a Norim. Su cabeza se balancea de un lado para otro intentando no cometer el mismo error de siempre. Pensaba

que después del entrenamiento su mente estaría más despejada, pero cada vez está más lejos de mantenerse despierto. Una mano vuelve a posarse sobre su hombro. Se sorprende por un instante. Sus ojos castaños están irritados al abrirse. Parpadea varias veces y alza la mirada. Su Maestro le está invitando a acompañarle. No está seguro de si lo que pretende en este momento es rescatarle o reprenderle.

En silencio, abandonan con tranquilidad la zona de meditación. Una vez fuera, el joven apunta con sus ojos hacia el suelo. Sabe que va a ser amonestado. De lo que no está seguro esta vez es de cuál será el castigo. El anciano levanta la cabeza para observar al joven de metro ochenta de altura. Sonríe al verle tan pensativo.

- Creo que es hora de mirar hacia arriba. - Comenta el Maestro. El alumno duda por un instante.

- Ambos sabemos que esta no es la primera vez que me regañan. Cualquiera que sea la sanción, la acepto, venerable.

- Tienes que ser un poco más perspicaz. Especialmente cuando las cosas parecen tan obvias. En su interior podrían albergar algo inesperado. Nuestro paseo no es para hablar sobre lo que hayas hecho hasta ahora, sino para mostrarte lo que puedes llegar a alcanzar en el futuro. - El joven se sorprende. - Norim, me siento muy orgulloso de decirte que por fin has alcanzado el potencial que podría tener cualquiera de los venerables de este Monasterio. Tu inagotable esfuerzo y tu perseverancia han dado sus frutos. Pareces ser tú el único que aún no se ha dado cuenta. - Los ojos del joven, pese a estar irritados, permanecen abiertos. Pero el escozor y el agotamiento ya no son su centro de atención. Al menos, la leve brisa del mediodía le alivia mientras se alejan del edificio. - Tus compañeros de entrenamiento, los Maestros, incluso los iniciados saben el potencial que puedes llegar a demostrar. Creo, que estás preparado para incorporarte como Maestro.

- ¿Cree? Perdone si le ofendo, venerable. Después de sus palabras pensé que estaban seguros de ello.

- Hay muchas cosas en este mundo sobre las que tenemos control. Hay otras, sin embargo, que somos incapaces de describir, incluso después de tantos años de experiencia. - Continúan su camino a través de un sendero

entre árboles. - Nuestro poder no depende únicamente de nosotros. Como ya bien sabes, es Kai, nuestro Dios, el que nos lo concede. Es Él quien decidirá si tu alma es merecedora de albergar su poder y cuánto de ello serás capaz de manifestar.

- ¿Y cómo sabremos que Kai ha decidido si soy digno de poder avanzar?

- Me temo que es algo en lo que tendrás que trabajar tú mismo. Para bien o para mal, cada persona es completamente distinta a las demás. De igual manera, todos caminamos una senda diferente, construida por medio de nuestras decisiones y capacidades. Por ello, no tenemos la habilidad de ayudarte en esta última tarea que te estoy encomendando. - Detienen su camino en un pequeño cenador de madera oscura. Está situado en un claro del denso bosque, rodeado de árboles y naturaleza. El lugar rebosa tranquilidad y serenidad. - Para saber si eres digno o no, tendrás que preguntárselo tú mismo.

Por un momento, el joven se queda paralizado, sin palabras. Pero el anciano no continúa la conversación. En lugar de eso, entra en el altar de madera. Rellena con espigas aromáticas los pequeños recipientes situados en sus bordes. Junta las palmas de las manos frente a su pecho y las hierbas se prenden. Tras concluir los preparativos, ofrece a su discípulo que le acompañe al interior del lugar.

El joven se aproxima lentamente, vacilando en cada paso. Al llegar al centro se detiene. El venerable le indica que se siente y le cuelga alrededor del cuello el símbolo dorado del sol resplandeciente de Kai.

- Continuarás tu meditación, pero no con el propósito de relajar tu mente, sino con el de entrar en comunión con Kai.

El discípulo está inseguro y asustado, pero asiente con la cabeza. No sabe qué debe de hacer o hasta qué punto debe de llegar. Lo único que sabe es que frente a él tiene la oportunidad de alcanzar aquello por lo que ha trabajado tanto y con tanto esfuerzo. Cierra los ojos e intenta despejar sus pensamientos. Se acuerda de Él: de todo lo que representa, de su sig-

nificado, de la sensación en su interior, del vínculo que comparten durante años.

Incluso con los ojos cerrados, cree poder ver una luz en el centro de su pecho. Es cálida y pura. Poco a poco, aumenta su tamaño. El incienso se consume con lentitud. Su perfume embriaga los sentidos del joven. Desde fuera, sus párpados parecen contener una energía en su interior. Sus latidos se aceleran. Unos dorados alfileres se deslizan entre sus pestañas. Se estiran hasta rozar el suelo. Se siente ligero, rejuvenecido.

El humo procedente de las hierbas se oscurece. Su forma se vuelve más perversa y retorcida mientras se eleva. El incienso llega a su fin. En ese momento, una reacción se desencadena. El joven se siente arrastrado al interior de un trance. Pero no se defiende. Se deja llevar. Sus ojos se agitan frenéticamente tras sus párpados. La luz que antes resplandecía en su interior ha traspasado la realidad. Su corazón ilumina la sala como cientos de estrellas encendidas en el firmamento. El paso del tiempo ya no importa. Tampoco importan el cuándo, el dónde ni el por qué. No sabe si el causante de esta sensación es el lugar. Tal vez sea el incienso. Tal vez haya encontrado fortuitamente el sendero al cielo. Nota como el nuevo poder en su interior rebosa por cada poro de su piel. Sonríe.

Su figura se eleva unos centímetros del suelo. En un abrir y cerrar de ojos, sus músculos se contraen y su sonrisa se desvanece. El venerable puede contemplar el cuerpo de Norim, pero sabe que su interior está vacío. Su alma ha escapado de aquella carcasa que le liga al mundo material. Espera con impaciencia su regreso de entre el mundo de las respuestas.

El joven toma una amplia bocanada de aire. Está tendido sobre el suelo boca arriba. Abre lentamente los ojos. Todo está borroso. Entre la tremenda claridad una figura se acerca a su rostro. Se siente distinto. Una gran calma y una profunda serenidad acarician su ser. Sin embargo, su cuerpo está cansado, exhausto. Siente una gran curiosidad por lo siguiente que sucederá.

- ¿Kai? - Murmura con dificultades. Intenta hacer fuerza con sus brazos para levantarse pero es incapaz de moverse. - ¿Estoy en el cielo?

- No, muchacho. - Contesta una voz conocida - Ya has regresado de él.

- ¿Qué? - Parpadea varias veces y recupera poco a poco la visión. El hombre a su lado es su Maestro. - Es imposible. No recuerdo nada. No he tenido tiempo de nada.

- Creo que cinco horas habrán sido suficientes.

- ¿Cinco horas? De ninguna manera. Quieres decir cinco segundos, ¿verdad? Todavía puedo ver con la claridad del mediodía. - El venerable sonríe.

- Abre bien los ojos, Norim. Es de noche. - El joven frota sus párpados y se incorpora lentamente. La luz que puede sentir está siendo proyectada por sí mismo. Su figura brilla como el resplandeciente sol. A lo lejos, más allá del estrecho círculo de árboles, la oscuridad vuelve a tomar el control de las tinieblas. Las manos le tiemblan durante un instante.

- ¿Qué ha sucedido? - El Maestro le acompaña hasta los pequeños escalones del altar y allí toman asiento.

- Tu alma ha visitado el lugar donde será depositada una vez que tu vida llegue a su fin. El hogar de nuestro Dios. La fuente de nuestro poder.

- ¿Por qué no soy capaz de recordar nada?

- Es tu espíritu el que ha viajado y ha regresado. Es tu esencia, no tú mismo. Ha entrado en contacto con Kai, y cada minúscula parte de ti impresa en ella ha sido medida por Él. Con sus propias manos habrá hilvanado parte de su ser en ti mismo. Y he de decir, que se ha tomado su tiempo, bastante más de lo que había visto hasta ahora. Desafortunadamente, no podemos ver cuán largo ha sido el ovillo que ha escogido para vestirme. Eso es algo que deberás descubrir por ti mismo, una vez más. - El joven se lleva las manos a la cara. No sabe qué decir o hacer. Es demasiada información para asimilarla de repente. Desde su llegada al Monasterio ha buscado la verdad en los Maestros. Ahora, sin embargo, la lleva en su interior. Se siente aliviado y perdido a la vez. No sabe cuál es su siguiente paso. - Tranquilo. Tendrás tiempo de sobra para llegar a conocer tu potencial y tus limitaciones. Camina ahora conmigo de vuelta al Monasterio. Necesitas descansar.

Norim se apoya en el hombro del anciano y se incorpora. Está sorprendido de la luz que fluye desde su interior. No necesita concentrarse en ella, simplemente está ahí. Deshacen el sendero que les condujo hasta aquí con tranquilidad.

El venerable le habla. Pese a que intenta prestarle atención, se siente hipnotizado por los reflejos dorados en cada pieza de madera, en cada hoja de árbol, en cada grano de arena. La belleza del mismo cuadro dibujado con diferentes colores. Y todos son magníficos. Le dice que es normal que las dudas le inunden. Kai ha reservado un gran destino frente a él y aún no sabe cómo afrontarlo. Le dice que antes de convertirse en Maestro de estudiantes, tendrá que ser Maestro de sí mismo. De alguna manera, el joven se siente un poco más renovado.

- Lo conseguiré. - Susurra pensativo. Se desprende del apoyo del venerable. Alza la mirada y la confronta con él. - Lo conseguiré, Maestro. - El anciano sonríe y le da una palmada en la espalda.

- Así es como recuerdo a mi discípulo: siempre lleno de motivación, decisión y energía. Lo conseguirás. Estoy seguro de que lo conseguirás.

Caminan los últimos pasos hasta la entrada principal del Monasterio y ambos se congelan. Un fuerte escalofrío recorre su espalda y les deja temblando. Ambas puertas están abiertas de par en par. Algo de lo que no tiene recuerdos hasta ahora mismo. Ninguna antorcha está encendida en su interior. Sólo son capaces de ver lo que el corazón del joven ilumina.

Según avanzan, la oscuridad se hace más profunda. El Maestro detiene a Norim con su mano. Sus ojos encuentran el motivo del aterrador silencio. Tendido sobre el suelo, como si hubiera sido arrojado con crueldad, reposa el cadáver de uno de los miembros de la orden. Sus ropajes, teñidos ahora de un color sangre escarlata, están atravesados por un sinnúmero de dagas afiladas. El chico acelera su respiración. Sus pupilas tiemblan al enfocar tal macabra visión, pues saben que si nadie ha venido a socorrerle es porque los demás han sufrido la misma suerte.

Deseando estar equivocado, cierra los ojos y se concentra. La luz de su interior crece y se intensifica. Las sombras huyen rápidamente y se ocultan

en los recovecos y tras las columnas. La sala entera es prácticamente visible ahora, y junto con ella, los cuerpos sin vida de decenas de discípulos y Maestros; algunos de ellos atravesados por puñales, otros proyectados y apilados en los rincones; ríos, lagos y atroces senderos de sangre, tanto en las paredes como en el suelo. Muebles y alfombras desgarrados y destruidos en miles de astillas y retazos. Decoraciones convertidas en porquería. Indicaciones transformadas en estorbos. Al abrirlos y observar su alrededor, el corazón le da un palpito y cae de rodillas. La mano de su Maestro se posa sobre su hombro y le despierta de la desesperación en la que se hunde vertiginosamente.

- Busquemos supervivientes.

Atraviesan el gran pasillo y acceden a la sala de meditación. Estando entre las mismas cuatro paredes ya no siente lo mismo. No hay belleza ni tranquilidad. Sólo nota una gran repulsión ante la horripilante masacre. Un odio irracional crece en su interior. *“El desalmado responsable de tal atrocidad merece morir. Merece ser abogado en el mismo color carmesí con el que ha salpicado el Monasterio. Pero no sin antes sufrir. No sin antes sentir la agonía de cada una de las personas a las que ha arrebatado la vida.”*

Se detienen frente a la puerta cerrada de la gran cocina. Un amplio rastro de sangre dibuja un sendero que continúa bajo ella. A los lados de éste quedan marcadas varias huellas temblorosas en forma de manos. La abren lentamente y algo capta su atención. La oscuridad, que ocupa con comodidad toda la sala, se asusta, se agita y se esconde con velocidad: tras los muebles situados alrededor de la habitación rectangular; en los recovecos que quedan al otro lado de las sartenes y cacerolas que cuelgan sobre soportes en la pared; en el interior de la amplia chimenea ubicada en el centro, que deja un pasillo circular rodeándola, repleta de soportes metálicos donde colocar los utensilios de cocina; dentro de los armarios situados al fondo, donde almacenan la comida.

La senda de sangre se acaba bajo un cuerpo tendido con múltiples puñaladas en su espalda. Se había abierto camino hasta casi alcanzar la chi-

mena. Pero pese a su constancia por aferrarse a la vida, la había perdido. Sintiendo cómo se le escurría entre sus dedos. Advirtiéndolo con tristeza cómo el líquido de la existencia fluía sin poder sostenerlo más. Vacándose hasta fallecer. Muerto, como todos los cuerpos vacíos que abarrotan las demás habitaciones.

Norim se inquieta durante un instante. El hombre que yace sobre el suelo de la cocina apenas tuvo fuerzas para arrastrarse. Sin embargo, la puerta ha sido cerrada después de su muerte. Ha tenido que ser otra persona. Y quien quiera que haya sido, aún permanece en esta habitación, oculto. Una sensación le ronda: no están solos. Un escalofrío agita su cuerpo. Sus pensamientos se vuelven perversos y afilados. La adrenalina le recorre por completo. El pulso le tiembla. El odio presiona con fuerza su corazón. “*Venganza.*”

Observa una vez más cada centímetro de la cocina. Algo llama su atención junto al cadáver. Se acerca impaciente, con los ojos bien abiertos. Ahora puede distinguirlo con claridad. Son huellas de pisadas incompletas. Han quedado dibujadas con restos de sangre.

Se dirigen por uno de los lados de la chimenea hacia la despensa. Con un atisbo de locura en su mirada, le hace una seña al Maestro para permanecer en silencio. Camina despacio. Un paso tras otro, lentamente, sin apartar la vista de las puertas de madera que separan los alimentos del lugar donde se cocinaban. Estira su brazo y alcanza uno de los grandes cuchillos que cuelgan sobre la pared. Está muy cerca, cada vez más y más. Le abrumba el ritmo de sus latidos. Le tiembla el pulso, pero sujeta el arma con firmeza.

Agarra el pomo y respira hondo. La luz que proyecta desde su interior parpadea por un instante. Entre la estrecha ranura de ambas puertas se mueve algo. La adrenalina le arrastra al frenesí. Aprieta sus dientes, tira con fuerza y alza con furia el gran cuchillo.

- ¡Ah!

Su compañero de habitación y otro discípulo gritan aterrorizados mientras se encojen en el interior del armario. Al retroceder dejan caer ollas y cacerolas armando un gran estruendo. Norim suelta el filo del susto y las rodillas le tiemblan. El Maestro puede respirar tranquilo de nuevo. Se lleva la mano junto al corazón a la vez que recupera el aliento.

- ¡Muldius! ¡Lomoku! ¡Estáis vivos! - Grita mientras se acerca para abrazarlos. Su compañero se aparta un instante de entre sus brazos.

- Otro susto como este y no podrás decir lo mismo. - El otro discípulo no para de temblar. Estira su cabeza a izquierda y derecha mirando hacia la salida. Se encuentra incluso más nervioso que antes. - Lomoku, para de temblar de una vez. Es Norim, ¿no lo ves?

- Está aquí. - Contesta el discípulo - Sé que aún está aquí. Puedo sentirle. Ya viene...

- ¡Shh! - El Maestro se gira y les indica que se escondan.

Los tres estudiantes se apresuran. Salen de la despensa y se acurrucan junto al anciano. Norim interrumpe la luz de su interior. Las sombras se apoderan una vez más de la cocina. Arropados en la penumbra tras la chimenea, situada en el centro de la sala, tratan de hacer el menor ruido posible. De repente, la sala de meditación, al otro lado de la puerta, se ilumina con intensidad.

A lo lejos se escuchan pisadas. Se aproximan muy lentamente. El eco rebota en sus corazones. Un escalofrío les hace estremecerse. Lomoku solloza en voz baja. El Maestro intenta contenerlo, pero ni incluso tapándole la boca se detiene. La alargada figura de la sombra del individuo se proyecta en el suelo. Poco a poco, entra en la cocina mientras se aproxima hasta detenerse bajo el umbral de la puerta.

El asesino mide poco más de un metro setenta. Viste una túnica blanca que le cubre desde el cuello hasta los pies. Está totalmente limpia. Ni una gota de sangre se ha atrevido a rozarle. La capucha de sus ropajes cuelga sobre su espalda. Su silueta es iluminada desde detrás. Parece delgado, aunque su postura es determinada y decidida. Su rostro está nublado por la oscuridad. Sus cabellos son cortos y de color negro.

- Triste imbécil. - Comenta con arrogancia, contemplando el cadáver frente a él - ¿A dónde ibas? - Se acerca hasta estar a su lado - ¿Pensabas que podrías escapar? ¿Que alguien te ayudaría? Por favor. Mira cómo has puesto todo esto. - Le da una patada en un lateral y el cuerpo se da la vuelta. La mirada muerta y llena de agonía se queda fija en el techo. - Te parecerá bonito. - Le asesta otra patada y le desplaza unos centímetros. - La gente ya no tiene ni dignidad al morir. La próxima vez me limitaré a arrancaros los brazos para que tampoco podáis... - Se calla repentinamente y afina su oído.

Pese a estar oculto en el trasluz, los dientes de su estirada y macabra sonrisa se dibujan en su rostro. Brillan como hasta ahora nunca lo habían hecho. Apunta con la mirada hacia la despensa. Las puertas están abiertas de par en par. No puede evitar excitarse al escuchar el lamento tras la chimenea. Poco a poco, se acerca por uno de los laterales de la cocina, deleitándose con cada centímetro avanzado.

- Diminuto, diminuto ratón... Oculto en la oscuridad... Sal de tu escondite... No voy a hacerte daño. - Su sonrisa desaparece - Morirás tan rápido que ni podrás sentirlo.

Está tan cerca que casi puede verles. El Maestro piensa en hacerle frente. Sin embargo, aquel extraño ha acabado con todos los miembros del Monasterio. Ni siquiera los más poderosos han sobrevivido. Sólo queda una opción posible. Lanza un destello de luz con esperanza de cegarle y grita con todas sus fuerzas.

- ¡Corred! - Maestro y discípulos se incorporan. Rodean el otro lado de la chimenea y huyen desesperados. Todos menos uno.

- Tranquilo. Tú no vas a ir a ninguna parte, ¿verdad? - Lomoku deja de sollozar paralizado ante el terror. No puede moverse. De pie, cara a cara con el intruso. Sus ojos suplican clemencia. - Quédate conmigo.

Al otro lado de la puerta, en la sala de meditación, Norim y Muldius corren tras los pasos del venerable. Esquivan las columnas a un ritmo ver-

tiginoso. El joven de cabellos rubios mira hacia atrás. Se da cuenta de que han perdido a uno de ellos.

- ¡Maestro! - Grita para advertirle.

- ¡No! - Le interrumpe - ¡Mi deber es protegeros y eso es lo que haré hasta el final! ¡Volver atrás ahora es perderos a todos! ¡Seguidme y no desobedezcáis!

El intruso se mantiene frente a su presa. El discípulo se eleva lentamente en el aire. Sus brazos y piernas se estiran mientras se acerca a la pared. De entre sus labios se escapa un pequeño murmullo. Las extremidades intentan separarse del cuerpo. Se tensan y se retuercen. El dolor se vuelve insopor- table. Sus ojos inyectados en sangre aúllan en un silencio ensordecedor. Tristemente, no se apartan de quien le conduce a su final, lenta y dolorosamente.

- Cuando dije que no sentirías nada, mentí.

El más horrible grito de dolor jamás escuchado retumba en las paredes de la sala de meditación. Poco después el asesino abandona la cocina. Su túnica blanca está tan limpia como cuando entró. Se detiene y observa su alrededor. Encuentra el rastro y continúa su marcha.

No puede evitar emocionarse en estas situaciones. Respira acelerado. Contempla, mientras camina, el terrible espectáculo repleto de cadáveres iluminado por las antorchas que antes encendió. Y él es el autor de tal obra. Se siente orgulloso. Desea que en cualquier momento aparezca una nueva víctima tras alguna columna, abriendo alguna puerta erróneamente o al dar la vuelta a la siguiente esquina. Así podría acabar con otro más. Uno tras otro. Todos y cada uno de maneras diferentes. Todos y cada uno suplicando clemencia de maneras distintas. Disfrutando con cada una de las muertes como si fuera la primera. Pero al final, siempre se acaban. *“Son débiles, unos deshechos, todos ellos. Insignificantes. Por lo menos me estoy divirtiendo.”*

Los tres clérigos giran en el siguiente pasillo y se detienen. Los ojos del Maestro se mueven con velocidad. Buscan bajo la luz de la luna una habi-

tación que nunca ha sido utilizada. Sus discípulos se apoyan sobre las rodillas y recuperan el aliento con dificultades. Frente a ellos se encuentra una larga y estrecha alfombra de color oscuro con puertas a los lados. El anciano comienza a rozar sus marcos y la piedra que separa una de la otra con manos temblorosas. Muldius no comprende lo que sucede. Norim interrumpe sus palabras, antes incluso de pronunciar la primera, empujándole levemente en el pecho.

El Maestro descarta el primer marco. También otros después de ese. Pero no concluye su búsqueda. Puerta tras puerta, pared tras pared, examina cada recoveco y pasa al siguiente. Un tenue y tenebroso eco golpea las paredes e interrumpe su descanso.

- Corred, corred. - Susurra el asesino - Pero no podréis escapar. Ya he estado aquí antes. No hay salida. Escondeos, y sólo lo pondréis, un poco más entretenido. Pero, por favor, limpiaos la sangre de los zapatos. ¿Dónde está para mí la diversión si vuestras pisadas os delatan constantemente?

No les queda tiempo. El asesino sabe dónde están y cómo alcanzarles. No hay razón para continuar escondiéndose. Norim aviva la luz de su interior para agilizar la búsqueda del Maestro. El temblor del venerable crece al escuchar de nuevo las pisadas. Se apresura. Muldius llama la atención de Norim y señala al fondo del pasillo. La energía dorada del clérigo se refleja en una de las paredes situada entre puerta y puerta, casi al final de la alfombra. Sobre ella quedan dibujadas inscripciones divinas y unas marcas que representan un estrecho pórtico.

- ¡Rápido! - Susurra el Maestro.

Se apresuran en dirección a la entrada secreta. Cada paso que dan les separa un poco más de una muerte segura. Mientras corren, la figura del asesino se adentra en el pasillo. Puede verles. Contempla cómo se alejan de él con desesperación. Sonríe. *“Estáis atrapados.”*

El Maestro alza la mano cuando está lo suficientemente cerca del pórtico divino. Las inscripciones desprenden un fuerte destello. Una tras otra,

las piedras se rozan, giran sobre sí mismas y se desplazan hacia adentro permitiendo el paso. El hombre vestido de blanco recupera su seriedad radicalmente. Siente un desprecio creciente en su interior. No le gustan las sorpresas. Se acabó la diversión. *"Vais a morir todos."*

Las pisadas se apresuran. Están cerca, no queda nada. Las piedras comienzan a girar de nuevo para recuperar su forma original. El Maestro accede y se echa a un lado. Norim entra y se da la vuelta esperando a Muldius. Éste salta en el último momento y consigue entrar. Cae sobre Norim y éste le sujeta. El portal se cierra por completo. Un fuerte golpe producido por numerosos metales rebotando contra la piedra es lo último que escuchan. Muldius se escurre entre sus brazos y se desploma sobre el suelo. Una daga clavada en su nuca ha acabado con su vida.

- ¡Muldius! ¡No!

Norim le arranca rápidamente la daga y la arroja en un extremo del pequeño habitáculo que comprenden las cuatro paredes entre las que ahora se encuentran seguros. Le da la vuelta y le recuesta boca arriba. Coloca las manos sobre su pecho e irradia desde ellas una luz pura, tan intensa, que sobrepasa la de su interior. Los destellos dorados se vuelven líquidos y se derraman lentamente sobre su compañero. Pero no le atraviesan, ni le afectan. Simplemente, son rechazados por su cuerpo. Se deslizan por entre su ropa hasta encontrar el borde y caer. Cuando se chocan finalmente contra el suelo, se evaporan y desaparecen en el aire.

- Déjalo Norim. - Susurra el Maestro.
- ¡Puedo conseguirlo! ¡Sé cómo hacerlo!
- No funcionará. Está muerto.
- ¡No! ¡Todavía no!

Tras varios segundos intentándolo, desiste. Es inútil continuar. Lágrimas de impotencia humedecen sus ojos, pero no caen. Se mantiene firme. Se sumerge en una oleada de rencor. Sin darse cuenta, se está apoderando de él. La luz de sanación que proyecta con sus manos deja de brillar. Se aparta

de su compañero. Aprieta los puños y clava la mirada en el suelo. Dos golpes al otro lado de la pared interrumpen sus pensamientos. “*Noc, noc.*”

- ¿Sigues ahí dentro, ratoncito? Sal de tu escondite. - Dice el asesino con tono juguetón.

- ¡Maldito seas! - Responde Norim levantándose rápidamente.

- ¿Va todo bien ahí dentro? Pregúntale a tu amigo. - Los ojos castaños del joven se inyectan en sangre. Se acerca con agresividad al muro y lo golpea varias veces.

- ¡Te mataré! ¿Me oyes? ¡Pienso matarte con mis propias manos! - Un breve silencio continúa la conversación.

- Sal fuera y dímelo a la cara.

- ¡Te odio! ¡¡Te odio!! - La luz de Norim luce como nunca antes lo había hecho. El color que irradia, sin embargo, es más oscuro: rojo sombrío; el color de la venganza. Su silueta resplandece por completo, tan fuerte que parece estar a punto de estallar. El Maestro detiene sus golpes. - ¡No! - Grita desesperado. Al otro lado de la pared de piedra se escucha la macabra carcajada del asesino.

- Tal y como pensaba. Cobarde. Aunque yo en tu lugar también lo sería. Yo en tu lugar también me escondería. Porque eres débil, como todos los demás. No eres nada más que otro estorbo en mi camino. Hazme un favor y muérete tú sólo. Usa mi noveno filo para acabar con tu agonía si quieres. Esta vez, no trataré de recuperarlo. Ya he perdido suficiente tiempo aquí. Después de todo, ya tengo lo que necesito.

El asesino sonríe y se aleja caminando por el pasillo. Arrojado por la luz de la luna y las estrellas, se siente satisfecho. Ha sido un buen día. Desde luego que sí. Se considera afortunado. Recuerda la decisión que tomó varios años atrás. Ni un solo día se ha arrepentido de ella. A cada minuto que pasa se alegra más y más. Pero ahora debe volver. “*Ya habrá más tiempo para disfrutar*”.

Norim se apoya sobre la oscura piedra en el interior del refugio. Intenta sujetarse con sus manos, pero no le quedan fuerzas. Con los ojos cerrados, se desliza poco a poco hasta quedar sentado sobre sus rodillas. Puede sentir el frío de la roca en su mejilla y en la palma de las manos. Sus lágrimas le

recorren ahora la barbilla y el cuello. Muy suave y a lo lejos, como un último susurro, la desagradable voz del desconocido se queda grabada en su cerebro.

- Recuerda este día, muchacho, y no lo olvides. Porque hoy es el día que has vuelto a nacer: el primer día de tu ridícula e insignificante vida. Y recuérdame a mí. Porque soy yo quien te ha permitido vivir. Recuérdame. Porque hagas lo que hagas y vayas a donde vayas, seguirás siendo el mismo inútil que no fue capaz de plantarme cara. Pero mira el lado positivo: huir es también otra manera de sobrevivir. Hasta pronto, diminuto, diminuto ratón...

Las pisadas se pierden en la distancia. El silencio es pesado e insopportable. El joven de cabellos dorados se gira para contemplar a su Maestro. Ojos temblorosos comunicándose en sigilo. Pupilas dilatadas buscando respuestas. Temblores producidos por la caricia congelada de la muerte. Sólo un roce, sólo un gélido saludo. Pero un centímetro más cerca habría bastado para que su esquelética mano estrujara con fuerza sus almas y las arrancara de su interior, para convertir el hola en un adiós. Es ahora cuando se da cuenta de lo cerca que ha estado de morir.

- Maestro.

- Estamos a salvo. Descansaremos aquí esta noche. Respira hondo.

El brillo de su interior recupera el tono dorado. Su mirada se pierde en el fondo de la pequeña habitación. No parpadea. Pensativo, tembloroso, al borde de la desesperación. Pero una imagen le saca de su delirio. Observa el reflejo de sí mismo sobre el metal que acabó con la vida de su compañero. Se deshace lentamente del abrazo del anciano y gatea sin perder de vista el arma. A pocos centímetros, contempla su presente dibujado en ella. Pero está borroso.

Sostiene la daga en la palma de su mano y la acerca. Es un poco más corta que las armas de este estilo. Carece de empuñadura. En su lugar hay una prolongación del metal estrecha y fina. La punta es alargada y está pe-

ligrosamente afilada. Su acabado denota una gran calidad. Todavía está coloreada de sangre. Una gota se desliza desde la punta y atraviesa su centro, recorriéndola de extremo a extremo. A través de su corto viaje asciende y desciende por el relieve de unos grabados negros inscritos sobre el metal. Es un lenguaje que no conoce. Tiene una forma similar a las marcas divinas que observó al otro lado del pórtico de piedra. Son sutiles y engañosos, torcidos y siniestros. No entiende ni siquiera uno de ellos. Definitivamente no están asociados a los poderes concedidos por su Dios. *“El noveno filo.”*

Cierra la mano con fuerza. El arma queda atrapada en su interior. Esta arma pertenece a la persona que ha acabado con las vidas de su familia. Es propiedad de aquel que ha convertido a sus seres queridos en meros recuerdos. *“Por todos los que han muerto hoy; por todo el sufrimiento que has causado; por cada una de las almas que duermen hoy y no podrán despertar mañana; por todos ellos, te rastrearé, te buscaré, te perseguiré y juro no descansar hasta que aplaste hasta el más mínimo rastro de vida escondida entre tus entrañas.”*

Las piedras se retuercen y vuelven a separarse. El pórtico se abre. Tras unos segundos, Norim y su Maestro abandonan la pequeña habitación. Permanecen sobre la alfombra. La cálida luz de la mañana envuelve el pasillo, les acaricia y les calienta. A través de la ventana, los árboles se mecen con tranquilidad, el canto de los pájaros se escucha a lo lejos, el inmenso cielo azul suplica disfrutar de su compañía con un gratificante paseo entre los jardines. Al despertar y observar su alrededor, todo lo sucedido anoche parecía una pesadilla sin más. Pero no lo es. Observa desde el pasillo el cuerpo de Muldius, tendido todavía en la oscura sala. Todo ha sido real.

- Norim, tenemos que comprobar si queda alguien con vida. - Dice el venerable apenado.

El joven asiente con la cabeza. Juntos, entran en cada habitación, examinan cada sala. La visión atroz que dejó atrás el desconocido tiene ahora un sabor más amargo. Sin el miedo a morir, sin la adrenalina recorriendo sus venas, todo es más triste. Las pertenencias de los discípulos no habían

sido tocadas. Las piezas de oro del Monasterio permanecen en las arcas, intactas. Norim empieza a preguntarse cuál es el motivo que atrajo a aquel psicópata.

Las imágenes de la mañana son casi idénticas a los recuerdos de anoche. Salvo por algunos matices: la luz artificial de las antorchas se ha apagado; el sol, al alumbrar con más intensidad, provoca emociones antes ocultas entre las sombras; las dagas que han acabado con la vida de algunos de sus compañeros ya no están. Han desaparecido. El asesino debe de haberlas recuperado todas. El joven busca en el bolsillo de su túnica. Sostiene el metal que ha atravesado a su compañero y lo vuelve a mirar fijamente. Ha recuperado todas menos una. En sus manos queda la prueba de lo sucedido. En su mente queda la silueta de su recuerdo. *“¿Por qué has venido?”*

Suben las estrechas y complicadas escaleras de caracol del torreón. En lo alto, se detienen frente a la habitación del Superior de la Orden. La puerta de madera está entornada. Intenta cerrarse empujada por el aire, pero no consigue más que golpear una y otra vez una pieza de metal en el suelo. Es la cerradura, rodeada de astillas y completamente arrancada de cuajo.

Empujan la puerta y acceden. La expresión del Maestro se entristece y baja la mirada. Ha estado varias veces allí, pero la limpieza y el orden de sus muebles quedan ya sólo en su memoria. La alfombra está apelotonada contra un rincón. Las vidrieras están rotas en mil pedazos y algunos de los armarios yacen arrojados sobre el suelo del patio. El resto están abiertos y vacíos. Las pertenencias religiosas están esparcidas por el suelo mezcladas entre toda la ropa. La cama está partida en dos, teñida de sangre y desplazada. El cuerpo del Superior está tendido en el suelo junto a ella.

El anciano se le acerca y se sienta a su lado. Definitivamente, el intruso no ha dejado a nadie con vida. El cadáver frente a él lo confirma. Mientras se lamenta en su interior y se pregunta qué sucederá ahora, el joven discípulo le interrumpe.

- Maestro, ¿a dónde conduce este pasadizo?

Norim sujeta una de las puertas rotas de un armario. La luz de su interior aparta las sombras de un estrecho y corto túnel que continúa hacia la derecha. El venerable frunce el ceño al escuchar la pregunta. Se incorpora y contempla el pasaje que antes estuvo oculto tras el guardarropa de madera.

- No lo sé.

Maestro y discípulo se adentran en el pasadizo. Unos cuantos pasos más y giran a la izquierda. La expresión del venerable se alarga. Sus cejas se elevan. Las palabras se atragantan en su mente. Nunca antes había estado aquí. Ningún compañero le habló de este lugar. No conoce ni siquiera su propósito.

La habitación es rectangular y muy pequeña. No tiene decoración alguna salvo los símbolos de Kai en el centro de cada pared. A excepción de este detalle, están completamente desnudas. Hay un pedestal de piedra en el centro. En su parte superior descansa un soporte fabricado en oro. Su forma es plana y alargada, elaborada con la intención de soportar otro objeto sobre él. Está iluminado por todos los rayos de luz que atraviesan las estrechas ranuras en la pared.

- ¿Qué es todo esto? - Susurra Norim boquiabierto.

- Ya te he dicho que no lo sé. Tengo la sensación de que el único que conocía esta sala era el Superior de la Orden.

- El objeto que estaba aquí dentro es a lo que se refería el asesino. Es lo que había venido a buscar. Todo lo demás eran estorbos en su camino, tal y como dijo. - Su pulso se acelera. El odio le arrebató el control una vez más - No pienso quedarme aquí y esperar que algo así vuelva a suceder. Se lo debo a todos mis compañeros. Voy a encontrarle. Me haré fuerte y poderoso. Y cuando lo haga acabaré con él. - El Maestro espera unos segundos a que se calme. Sus palabras suenan teñidas de una gran tristeza.

- No puedo obligarte a que te quedes, Norim. Debes seguir el camino de Kai, tu camino. Si decides partir en busca de venganza que así sea. - El joven no se esperaba tal respuesta.

- ¿Y qué será de ti cuando me vaya?
- Yo sé que mi vida está aquí, en el Monasterio. La edad no me permite pensar en represalias. Además, nuestros compañeros se merecen un entierro digno. - Hace una breve pausa - Quién sabe si poco a poco las paredes de este gran edificio volverán a albergar cánticos y rezos, inciensos y tranquilidad, sabiduría y esperanza. - Alza la vista y observa por última vez a su discípulo - Norim, marcha hacia donde más lo desees, pero por favor, no actúes como un loco. Piensa bien lo que haces. - Se apoya una última vez en el hombro del joven - Necesitarás dinero para viajar, alimentarte y encontrar información. Coge el de las arcas del Monasterio.
- Pero, Maestro.
- Yo no lo quiero. Aquí tengo todo lo que necesito.

Las robustas piernas del caballo de color pardo se entrecruzan en el aire una y otra vez. Lleva varias horas al galope. Montura y jinete están exhaustos. Norim sostiene con fuerza las riendas. Tira de ellas y se detiene por un instante. El corcel duda y gira sobre sí mismo. Golpea el suelo y resopla unas cuantas veces. El joven acerca la mano a sus mejillas. Aparta con dolor las lágrimas mientras pierde su mirada atrás en el horizonte. *"Gracias por todo."*

Agita el cuero desgastado de las riendas y clava los talones mientras marca de nuevo el rumbo. Su nuevo destino está decidido: Lurek, la tierra de las segundas oportunidades. El Maestro le ha dado indicaciones concisas. Según él, es la opción más sabia a escoger. Entre sus calles viven numerosos discípulos de Kai. Comparten su credo, entenderán su sufrimiento. Allí le recibirán con los brazos abiertos. La luz del cielo despejado de media mañana, al igual que el fuerte sonido del galope, mantienen su vista y su oído despiertos. Pero la barbilla y los párpados pesan demasiado. El ritmo vertiginoso del trote le zarandea a lomos de su montura. Por suerte, la gran cantidad de horas que ha pasado estudiando en su habitación durante noches incontables le han otorgado cierta resistencia al sueño. De todas formas, sabe muy bien que su límite está próximo.

Los ojos del caballo se descentran con agonía. Sacude la cabeza de un lado para otro constantemente. En cada zancada, respira con desesperación, como si el siguiente aliento fuera el último. Sus músculos empiezan a atrofiarse. Pero su dueño no se detiene, de hecho, acelera aún más el ritmo. Puede verla a lo lejos. Ya está cerca, muy cerca. No le quedan muchas fuerzas. Debe apresurarse.

Su viaje sin descanso se ha prolongado toda la noche. Las ropas se han oscurecido y ahora, estando completamente empapadas, son mucho más pesadas. No ha parado de llover bajo la luz de la luna. Aunque él no lo considera sólo lluvia. Ha faltado poco para que aquella tempestad acabase con el trabajo que empezó el desconocido en el Monasterio. Pero lo ha resistido. Ya no queda nada.

Desde el gran pórtico de la muralla dos centinelas observan al viajero cabalgar. Se acerca hacia ellos a toda marcha. Sin rodeos, en línea recta. En unos pocos segundos les alcanzará. Uno de ellos sonríe y suspira. Camina junto a su compañero y le golpea en el brazo para llamar su atención.

- Mira, ¿ves aquel caballo?

- Sí.

- Algún día conseguiré la paga suficiente para costearme uno. - Su compañero dirige la mirada al cielo. Cada vez que alguien llega a caballo le toca escuchar el mismo sermón. - Fíjate en su piel, su color, su estilo. Sentir el aire en mi rostro mientras marchó a toda velocidad sobre la criatura.

- Oye, tú. A estas horas los mercados están abiertos, ¿verdad? - El guardia duda por un instante.

- Sí.

- Y las calles del distrito comercial estarán atestadas de comerciantes y familias.

- Sí.

- Hay que advertir a este extranjero para que reduzca su marcha.

- Vale.

- No, vale no. ¿No te gustan tanto los caballos? Pues se lo dices tú. - Al fin y al cabo, está harto de tener que soportar sus charlas sobre caballos. Sabe que si habla él mismo, acabará siendo interrumpido para preguntar sobre el animal.

El centinela se coloca frente al visitante y alza la mano para contenerle.

- ¡Alto, forastero! - El caballo de Norim se detiene, sube y baja la cabeza y relincha.

- ¿Por qué me detienen? ¡Necesito entrar en la ciudad con urgencia!

- Si continúa a esa velocidad arrollará a cualquier ciudadano. Debe disminuir su marcha. Y deberá ser así mientras permanezca en la ciudad. - Las patas de la montura tiemblan e intentan mantenerse firmes. Respira hondo. No pueden ya ni con el peso de su amo. El joven desmonta al notar el balanceo. El caballo se desploma sobre uno de sus laterales. El sueño y el agotamiento le han derrotado. El animal le ha sido de gran ayuda, pero debe continuar con su propósito. Norim da media vuelta y camina con decisión hacia el arco de la muralla. - ¡Señor, - Le interrumpe el guardia - su caballo!

- ¡No tengo tiempo que perder! Ahora es tuyo. - El soldado contempla con rapidez al animal y busca con la mirada a su compañero. Éste se queda serio de repente. Cierra los ojos y se lleva la palma de la mano a la frente. Ahora sí que no se deshará de este tipo de historias.

El discípulo de Kai se abre paso entre el laberinto de calles. Se aprovecha de su altura. Un metro ochenta no es muy habitual en aquella zona. Algunas avenidas son manantiales de túnicas y cabezas. Las pisadas sobre el barro se vuelven traicioneras y resbaladizas. Y el ruido. Negociaciones a gritos, gente satisfecha, gente insatisfecha. Intenta esquivarles mientras atraviesa el bullicio. A algunos de ellos les tiene que apartar amablemente. Espera que el Maestro no estuviera equivocado. Las fuerzas le flaquean. Empieza a sentirse agobiado. *"Camina en línea recta hasta llegar al centro de la ciudad."*

Observa una infinidad de rostros a medida que avanza. Una extraña sensación le conmueve. Cualquiera de estos individuos podría ser el asesino.

Caminando entre tanto desconocido se siente vulnerable de repente. Dirige su mano para comprobar que conserva la bolsa con el dinero del Monasterio y la mantiene ahí. Quiere que todo esto acabe de una vez. Llegar a su destino, descansar y solucionarlo todo. Todos ellos parecen interponerse en su camino. *“Son todos unos estorbos. Deberían apartarse y dejarme pasar. No. Un momento. No soy como él. Soy muy diferente. Mantente firme. Ya queda poco.”*

Tras varios minutos andando a contracorriente la marea se calma. Por fin ha entrado en el distrito noble. El suelo está ahora empedrado. Mira a izquierda y a derecha en cada esquina. El sonido de sus pisadas se mezcla con su apresurada respiración. Entra en una inmensa plaza y ante él se encuentra con un Templo. Su rostro se entristece. El Templo está en ruinas, completamente derruido. Lo único que está de una pieza es la larguísima cadena de metal, sujeta por soportes, que rodea al edificio. Mira con desesperación mientras se acerca a comprobar lo que ha sucedido. *“No es posible. ¿A ellos también les han atacado? ¿Tan poderoso es su enemigo como para poder derribar un Templo hasta sus cimientos?”*

- No puede seguir adelante, Señor. - Le detiene un soldado.
- ¿Por qué no? Quiero saber qué ha pasado.
- No puede acercarse más al Templo, Señor. Órdenes del Consejo. - Los ojos del joven centellean y su luz interior comienza a brillar. Se acerca al guardia y le encara.
- ¿Estás impidiendo a un siervo de Kai acceder a su propio Templo? - El hombre empuña su arma todavía enfundada pero intenta mantener la calma.
- Este no es el Templo de Kai, Señor.
- ¿Qué?
- Que este no es el Templo de Kai. El Templo que busca está allí. - El centinela extiende su brazo para señalar. Norim observa el gran edificio tras algunas viviendas. En lo alto de su fachada hay una escultura dorada representando un gran sol con miles de rayos saliendo de él. El aura de su corazón se apaga y le dirige de nuevo la mirada.
- Perdón por las molestias. - Da media vuelta y se aleja, dejando un rastro de huellas húmedas tras él.

- No pasa nada, Señor. - Susurra el guardia en voz baja. No habría tenido más remedio que hacerle frente si hubiera intentado continuar. Y había sido entrenado para ello. Pero algo en aquel joven le ha asustado. Tal vez le recuerda demasiado a su Capitán.

Norim cruza la primera calle. Está emocionado. A cada paso que da, el Templo se hace más y más grande. No tiene ojos para nada más. Sin embargo, otros ajenos se posan sobre él. Comienzan a examinarle: altura, apariencia, comportamiento, presente, pasado y futuro. Todo en una fracción de segundo. Este halcón observa a su presa desde lejos, pues tiene la ventaja de ver sin ser visto.

Lejos de allí, varias casas en la distancia, una mano joven se apoya desde fuera en el marco de la puerta. La suavidad de su piel pálida y sus uñas negras la delatan. Todo lo demás está envuelto por una larga y oscura capa. La capucha oculta su rostro. Mide poco más de un metro sesenta. Su figura es esbelta y delicada. Aparenta fragilidad. Pero las apariencias en este mundo no son más que para engañar. Atiende con cautela los pasos del joven hasta que desaparecen tras una de las mansiones.

Una voz masculina, ronca y grave se abre paso a través de la puerta medio abierta. Es mediodía, pero la luz no quiere atravesar el portal. La oscuridad araña el marco desde dentro con cientos de espinas alargadas sin dejar atrás cicatriz alguna.

- Tiene que ser él. - Susurra el hombre.
- ¿Por qué él? - Pregunta la joven con tono perverso.
- ¿Aún no eres capaz de sentirlo? - Ella mantiene silencio, aunque parece contenerse una contestación - Su sombra. Es su sombra la que comparte todo: sus sentimientos y sus emociones; sus debilidades y sus cualidades más asombrosas; sus impulsos y también sus deseos más profundos. Es ella quien ha estado a su lado siempre. No hay mejor manera de conocer a una persona, que interrogando a su pasajero silencioso. No hay mejor manera de manipularla, que seduciendo a su reflejo tenebroso. - La chica no puede contenerse esta vez.

- ¿Y qué pinta él en todo esto?
- La sombra de ese chico agoniza por una gran sed de venganza. Tiembla, se agita, se impacienta. Desea beberse la sangre de quien le ha hecho daño. Y no parará hasta conseguirlo.
- Ya veo.
- Los problemas buscan más problemas. Ese joven tiene el futuro más cruel y tenebroso que jamás he visto. Acércate. Conócele. Haz que confíe en ti y obtén lo que necesitas. Y una vez que lo tengas, deshazte de él. Haz lo que te digo y progresarás en tu aprendizaje. En el límite entre la vida y la muerte es donde hallarás el poder que buscas. - La mano de la joven se agita durante una milésima de segundo.
- ¿Un poder... como el tuyo?
- Sí. ¿Quién sabe? Puede que incluso mayor.
- Entonces está decidido.

El puño de la chica se cierra con fuerza, desciende y se oculta bajo su capa. La puerta se entorna lentamente. Poco a poco, la oscuridad oculta tras ella una alargada y maquiavélica sonrisa, hasta cerrarse. Si ella consigue su propósito, le entregaría a él en bandeja el suyo. Después de tanta dedicación, su esfuerzo se vería recompensado. Por fin podría pisarle el cuello a todos a los que hasta ahora ha estado sirviendo.

El Templo está construido en piedra y revestido de un mármol brillante con vetas grisáceas. El exterior es similar al de un panteón. Colosales columnas aguantan la entrada. Sostienen la parte superior de la fachada triangular donde queda representado el símbolo de Kai. Una vez dentro, la sala principal es circular. La elevada cúpula forma una semiesfera. A cuarenta y cinco metros, en su parte más alta y central está colocada la vidriera más grande. Tiene unos nueve metros de ancho. Con su gran foco de luz ilumina la mayor parte del recinto, especialmente el centro. El resto de ventanales se sitúan mucho más en la base.

Finas y delicadas columnas soportan el peso de la bóveda alrededor de la circunferencia. Fue diseñada de tal manera que el altar, situado en el cen-

tro, tuviera total visibilidad. Desde éste, construido en madera oscura, se prolongan sobre el suelo grabados de finos rayos de sol que atraviesan el mármol hasta alcanzar las paredes. Infinidad de bancos están colocados ocupando casi todo el círculo, orientados hacia el centro, salvo por los cuatro amplios pasillos que lo dividen en cuatro cuartos perfectos.

Dos personas ocupan el Templo en este momento: el ayudante del Gran Sacerdote, joven y vestido con ropajes religiosos, descansando sobre una de las columnas mientras guarda silencio; y un desconocido, un poco más mayor arreglado con ropas sencillas y muy limpias, postrado sobre una de sus rodillas en el extremo del pasillo principal junto al altar, con la cabeza agachada y rezando en su interior.

Las dos grandes puertas del Templo de abren con ímpetu. Desde dentro, la claridad del exterior obscurece los colores del responsable de abrirlas. Se adentra en el santuario unos cuantos metros. Deja sobre el mármol un sendero de huellas dibujadas con agua y barro. Al detenerse alza la mirada. Sus ojos castaños acarician cada recoveco del interior. Es maravilloso.

El ayudante del Gran Sacerdote recorre la circunferencia a toda prisa. Para aligerar su paso sostiene parte de las vestiduras. Intercepta al visitante y se coloca frente a él para impedirle continuar. Su voz es honesta y serena. Deja escapar en forma de susurro cada palabra necesaria para no importunar.

- Lo siento mucho, el Templo no puede ser visitado ahora mismo. Se celebra una plegaria a puertas cerradas.

- No he venido a rezar. He venido a pedir ayuda. - Responde Norim alzando el tono de su voz.

- Por favor, hable un poco más bajo. La oración está en curso. Siento no poder ayudarle en este momento. - El cansancio y la frustración del joven están a punto de llegar a su límite.

- No lo entiendes. - La entonación de sus palabras es cada vez más brusca - Yo soy también un clérigo de Kai. Nuestro Monasterio se encuentra al noreste. He viajado sin descanso durante más de veinticuatro horas para llegar aquí.

- Sí Señor, pero si no baja la voz me veré obligado a... - Intenta interrumpir al viajero pero ahora mismo no hay quien le detenga.

- ¡Escúchame! ¡Han muerto todos! ¿Comprendes? ¡Todos! No queda nadie con vida, únicamente mi Maestro. Necesito ayuda y ayuda de verdad. Hace dos noches un individuo del que ni siquiera sé nada entró en nuestro santuario y les asesinó a sangre fría. Se llevó lo que andaba buscando y desapareció. - Norim hace una pausa. Sus ojos se empañan pero no deja escapar ni una lágrima. El ayudante está conmovido. No sabe qué hacer. - Estoy exhausto y perdido. Me he propuesto encontrarle y hacerle pagar por sus pecados. Pero no sé dónde buscar. No sé en quién confiar. Pensé que aquí estaría a salvo. - El ayudante mantiene silencio. Si lo que dice el visitante es cierto, se encuentra en graves apuros. Le gustaría poder ayudarle. Al menos serle de utilidad. Pero no tiene ninguna autoridad bajo este techo. Al fin y al cabo, no es más que un asistente. Sus ojos encuentran el suelo con tristeza.

- Lo siento mucho, pero ahora no. No durante la oración. - El hombre que está rezando junto al altar finaliza sus plegarias de inmediato. Apoya la mano en la rodilla y se levanta. Su potente voz capta la atención de ambos.

- Está bien, ayudante. Mi oración ha terminado.

Da media vuelta y camina con decisión hacia la salida. El eco de sus zapatos marca el largo e interminable paso de los segundos. Es sorprendentemente alto y fuerte. Cuando les alcanza detiene el trayecto, baja la mirada y clava sus profundos ojos azules sobre Norim.

- Comprendo tu dolor, más de lo que imaginas. Lamento la situación en la que te encuentras, muchacho. - Se exalta de repente y apoya con fuerza su mano sobre el hombro del joven - Pero basta de gimoteos. Así no solucionarás nada. Mantén tu cabeza firme mientras puedas. Aún sigues vivo y eso es lo importante. Tal vez la próxima vez que nos veamos podamos acordar lo necesario para ayudarte. - Recupera su serenidad, retrocede y se dirige al ayudante - Debo marchar para ultimar los preparativos. Esta tarde partiré hacia el campamento de instrucción. Encárgate de darle cobijo en el Templo a este siervo de la luz hasta que se reencuentre con la del mismísimo Kai.

El hombre se marcha sin despedirse. Mantiene su figura con entereza mientras camina. Sigue siendo el centro de atención hasta que desaparece bajando los escalones del santuario. Norim vuelve a mirar al ayudante. Ambos se han quedado sin palabras.

- ¿Quién es? - Pregunta Norim.

- Es Iliadorus, el Capitán de la guardia de Lurek. Lleva unos quince años siéndolo. Ha estado en esta ciudad desde su creación. Él solicitó la presencia de un gran templo al Dios Kai. Poco después hizo lo mismo con el templo de Oldicia.

- Oldicia, la Diosa de la rectitud, la justicia y la legalidad.

- Así es. Sin embargo él sólo accede a este Templo. Después de todo, es un paladín de Kai. Sus creencias están más que justificadas. Es el guerrero sagrado más fuerte que ha conocido la historia. Cuentan que Kai le ha otorgado una resistencia tan abrumadora, que ningún oponente puede dañarle. Su fe es tal que puede tornar en victoria las batallas prácticamente perdidas. Si Kai me entregase sus poderes me costaría no creer en Él. - Hace una pequeña pausa - Después de algunos años, cuando los límites de la ciudad fueron más o menos establecidos, ordenó la construcción de la gran muralla que ahora rodea el distrito comercial.

- Quince años protegiendo la ciudad, ¿verdad? ¿Cuál es esa amenaza tan peligrosa de la que protegerse? ¿Y qué es tan importante para ser protegido tan fuertemente?

El ayudante del Gran Sacerdote frunce el ceño. Se toma su tiempo para contestar. Escarba en su memoria cada pedazo de información. Prueba conectándolo con algo que hubiese escuchado cuando era niño, alguna mención de sus superiores, cualquier cosa. Pero después de intentarlo durante varios segundos, se da cuenta de que no tiene sentido seguir buscando. No tiene ni la menor idea.